

LOS SUKIOS

Nº 6



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



20 cts

EN LA CARCEL DE SAN SEBASTIAN



Un grupo de presos amarran a los empleados oficiales de la cárcel y escapan tranquilamente. El suceso está siendo muy comentado.

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LA COMADRE

El suceso que vamos a relatar, es de los que, posteriormente, se comenzaron a calificar de pasionales y que aún conservan el calificativo como una justificación del hecho, que es siempre reprochable.

Serían las once de la mañana del día 4 de marzo de 1868, cuando los vecinos de la calle de la Comadre, se vieron sorprendidos por los gritos de angustia de una persona, que, sin duda alguna, se encontraba en eminente peligro y casi simultáneamente vieron salir a una mujer de la casa número 43 de la citada calle que arrojaba gran cantidad de sangre y que repetía sin cesar: "¡Me ha matado!"

Las buenas gentes que habitaban el conocido lugar ya indicado se apresuraron a recoger a la pobre víctima que, falta de fuerzas por la pérdida de sangre, había caído al suelo desvanecida, y entre varios hombres fué llevada a la casa de Socorro que había instalado en la plazuela del Progreso, para prestar rápida asistencia en casos como el que nos ocupa.

Antecedentes del suceso.

La víctima, cuyo nombre correspondía a las iniciales A. J., era una buena hembra, en el sentido que los castizos dan a esta palabra, o sea que contaba suficiente belleza y suficientes años para volver loco a un hombre.

Según las vecinas de la calle de la Comadre, hacía poco tiempo que vivía en el piso de la casa núm. 43, y su conducta había dado motivo a las desocupadas (todas las vecinas) para forjar mil cuentos alrededor de su figura. Ninguno de estos cuentos, como es natural, respondían a hechos muy dentro de la moral.

De todos estos cuentos y chismes, sólo uno tenía visos de verdad, y era el que había servido para forjar los otros. La bella recibía, casi diariamente, la visita de un hombre, que sin ser su marido, había de ser más que novio, ya que entraba en la casa y pasaba algunas veces con ella, los días enteros.

Aunque por esto era mirada por el elemento femenino de la calle con hostilidad, ella no parecía darse cuenta y contestaba sonriendo a las que le dirigían la palabra para darle los buenos días, al mismo tiem-

po que le agradaban los piropos de los hombres, que la miraban codiciosos juzgándola fácil presa.

Este agrado con que recibía la mujer la pleitesía que le rendían los hombres, había, sin duda alguna, encendido un volcán de celos en el corazón del enamorado galán de la bella que había llegado por esta causa al lamentable resultado de la tragedia.

Después que la desgraciada fué curada de las graves heridas que tenía, fué trasladada al hospital general, adonde fué a interrogarla la justicia.

La pobre mujer había recibido cuatro heridas gravísimas en el cuello y otra en el costado, por lo que su postración era tal que fué imposible en los primeros momentos hacerla declarar quién le había causado las heridas que padecía y por qué causa.

El agresor.

Aunque la mujer, por su extremado estado de debilidad, no dió ninguna luz a la justicia, algunas vecinas de la calle de la Comadre señalaron como seguro culpable al hombre que venía a ver a la bella casi diariamente. Además, alguna de ellas le había visto llegar aquella mañana un poco antes del suceso.

Con estos datos y las señas detalladas que facilitaron las vecinas, la policía logró detener al hombre que había causado las grandes heridas de A. J.. La detención se llevó a cabo por los guardias veteranos y el inspector del distrito.

Cómo ocurrió el hecho.

El amante de la mujer hizo el siguiente relato a las autoridades:

"Hace algún tiempo, conocí a la causante de mi desgracia, en un lugar poco apropiado para ninguna mujer formal. En principio, no pasaron nuestras relaciones de las corrientes entre un hombre y una mujer que se encuentran en tales circunstancias. Poco a poco, ella pareció ir demostrándome un afecto poco común y yo, por mi parte, sentía hacia ella algo más que un mero capricho.

Las cosas ya en este lugar, vinieron a dar en que yo la propusiera irse a vivir a otro lugar del que vivía, para entregarnos con tranquilidad a nuestro

mutuo cariño. Ella aceptó y se fué a vivir a la calle de la Comadre. Pero yo no podía estar continuamente a su lado, y una sospecha nacida al observar su gran alegría corriente, me hizo pensar en un posible rival. Esta mañana llegué antes de la hora acostumbrada para sorprenderla. Se encontraba, como siempre, sola; pero me pareció que se turbaba y que le causaba disgusto mi llegada, como si estropease algún plan concebido. Se lo dije y por ello disputamos. Ella dijo algunas palabras que me acabaron de cegar y comencé a golpear con mi navaja sobre ella.

Lo que más admiró a la gente fué la calidad del agresor, que era ejecutor de sentencias de la Real Audiencia de esta Corte, persona muy conocida en los centros judiciales y, al parecer, la menos propensa a realizar un acto de tal naturaleza.

Después de la declaración de A. C., que eran las iniciales del agresor, se pudo interrogar a la mujer, que estaba verdaderamente enamorada del ejecutor de sentencias, por lo que le perdonaba el mal que le había causado y se colocaba en actitud completamente favorable para su agresor.

Las vecinas de la calle de la Comadre tuvieron que contentarse con lo que supieron en principio, ya que, debido a la calidad del agresor el hecho fué juzgado de "puertas adentro", con el fin de no causar mayores perjuicios a persona de tan conocida solvencia moral.

A la infeliz mujer le costó la vida la herida del costado que había interesado un pulmón; pero como ello ocurrió un año después del suceso y cuando ya se había juzgado favorablemente para el agresor el asunto, éste no fué culpado de otra cosa que no fuera de lesiones leves.

Y así es cómo el crimen de la calle de la Comadre vino a quedar como un suceso vulgar y sin importancia en los archivos judiciales, y A. C. quedó tranquilo de que no había causado ningún mal sino unas molestias momentáneas a la que tanto le quiso.

M. ANDIANO



La singular existencia de Charles Guinaud, diputado en el Gran Consejo Helvético, perseguido por abusos de confianza en Suiza, Francia, Bélgica e Italia



El abogado Mr. Guinaud, autor de numerosas estafas.

El "affaire" Guinaud ha producido agitación en el Gran Consejo Helvético. Porque el "affaire" Guinaud ha venido a estallar como una nube de polvo oscureciendo el cielo sereno, por ser uno de los más sensacionales que ha conocido, desde hace mucho tiempo, la justicia helvética. Esto debe tener, forzosamente, una repercusión en el Parlamento, debido a la personalidad del inculcado, que por ciertos indicios ha sido arrestado por la Policía.

UN MAL QUE SIEMBRA EL TERROR

La historia de este gran abogado que tiene justamente fama de gran criminalista y es diputado en el Gran Consejo, es muy interesante.

Llega a consúl de Bélgica realiza interesantes negocios—si así pueden llamarse, y que se parecen a los escándalos Hanau, Pacquement, Polier y todos los procesos de esta índole, que enriquecen nuestra época. Esto demuestra una vez más que el hábito no hace al monje.

EL ADMINISTRADOR LADRON

Monsieur Charles Guinaud, de unos cincuenta años, viene a ser, debido a su bufete, reputada como el más serio, el administrador delegado de la librería Edición, cuya dirección está en Berna, la cual es propietaria de una parte de las librerías de las estaciones de los caminos de hierro federados y del Estado belga. La gran editorial Payot y Compañía (Neu-

chatel y París), habiendo adquirido una influencia preponderante en este negocio, hizo reemplazar a M. Guinaud en la presidencia del Consejo de Administración por un abogado de Ginebra, M. Pérreard.

La actividad de M. Guinaud fué entonces objeto de una encuesta por parte del nuevo Consejo, que no tardó en descubrir un desfaldo que se elevaba a doscientos mil francos suizos (cerca de un millón de francos franceses).

Llamado M. Guinaud para que se explicara, pretendió haber empleado estos doscientos mil francos en hacer entrega de ellos a personajes políticos de importancia a fin de asegurar a la Empresa el monopolio de las librerías en las estaciones de los ferrocarriles.

Habiendo rehusado M. Guinaud dar los nombres de estas personalidades, se procedió a denunciarle por acción criminal.

El Juzgado de instrucción de Berna recibió las denuncias contra M. Guinaud, y dos antiguos empleados de la Empresa, M. Klemm, ex contable, y M. Muller, ex director. Estos dos últimos fueron arrestados inmediatamente, pero luego puestos en libertad provisional bajo fianza.

EL ARRESTO

En lo que se refiere al abogado Guinaud, fué la denuncia transmitida a la alta justicia, que después de haberla estudiado largamente, se decidió a arrestar al abogado el de diciembre, no sin haber efectuado un registro, en su compañía, en su despacho y en su domicilio.

Después de haber pasado algunos días en la cárcel de Neuchatel, el acusado pasó (en su propio "auto" y conducido por su propio "chauffeur" a la prisión de Berna. En ella meditó Guinaud sobre su grandeza y su decadencia, y mientras tanto la Policía proseguía activamente sus investigaciones. Esto hizo conocer a Guinaud, por triste experiencia, que una desdicha no viene jamás sola.

UN NUEVO ESCANDALO

Un nuevo escándalo Guinaud estalla, que viene a convertir al abogado defensor de "la viuda y el huérfano" en una figura miserable.

En el transcurso de su fructífera carrera de abogado, Guinaud había logrado captarse la confianza de M. Louis Pernod hasta llegar a convertirse en su hombre de confianza, por lo que en 1911 Louis Pernod le designó como su ejecutor testamentario.

Frecuentemente, Guinaud visitaba a su amigo Pernod en su pequeño castillo, y la vida transcurría placida y dichosa.

Louis Pernod muere bruscamente en febrero de 1923. Inmediatamente, su ejecutor testamentario sube a su "limousine" y parte para el castillo, donde se encierra y reconoce todos los papeles del difunto. Por esta época, la viuda de Louis Pernod, atacada de un cáncer, está en tratamiento, en las proximidades de la frontera alemana. Desea ver, como es natural las cuentas de la herencia de su marido, pero Guinaud se guarda muy bien de hacérselas ver. A cada reclamación alarga el asunto. Por otra parte, hace frecuentes apariciones en el castillo de su difunto amigo, y se pretende que nunca se ha llevado las manos vacías.

El asunto hace ruido, sabiéndose, como se sabe, que se trata de muchos millones.



La viuda de Louis Pernod, que a la muerte de su esposo fué arruinada por el abogado Guinaud.

EL AMIGO DESPOJADO

El 10 de julio de 1923, la viuda de Louis Pernod muere. Los herederos de los esposos habitan en Alemania. La hora ha sonado para Guinaud, y puede esperar no temer nada. Pero los herederos han puesto la defensa de sus intereses en las manos de abogados que prometen hacer la luz sobre tan extraño asunto de su singular compañero.

Después de unas pesquisas descubren cosas muy graves para Guinaud. Descubren, por ejemplo, que el abogado, clandestinamente, recibió cierto día, a favor de la herencia de Louis Pernod, una suma de 137.000 francos, mientras que el abogado afirmaba no haber recibido más que 80.000. ¿Qué se ha hecho de los 57.000 francos restantes?

Además, no se encuentran numerosos títulos que pertenecían a Louis Pernod.

Tal es el origen de la nueva denuncia que acaba de ser presentada contra Guinaud y que comprende los delitos de abuso de confianza, estafa y robo de escrituras.

UN TERCER ESCANDALO EN BELGICA

Por este tiempo, una nueva estafa se descubre y una nueva denuncia se presenta contra Guinaud. He aquí por qué:

La Editorial Edition, de Berna, había ofrecido en Bruselas, en 1920, una sucursal que llevaba el nombre de S. A. de Bibliotecas de Estaciones. El abogado Guinaud fué el principal administrador, con un belga llamado Devitte (que había sido prisionero de los alemanes y había evitado su fusilamiento). Ante el descubrimiento de la estafa cometida en Suiza por Guinaud, M. Pérreard, el abogado ginebrino, fué a Bruselas, y con la ayuda de un abogado belga realizó un detenido examen sobre la administración de Guinaud en el seno de la S. A. de Bibliotecas de Estaciones, dándose inmediatamente cuenta de las indecencias que se habían cometido.

¡UN DESFALCO DE DOS MILLONES!

El examen de referencia reveló que existía una malversación, en perjuicio de la Sociedad, de dos millones. El hecho estaba bien claro, así como todo lo que se refería a la falsificación de escrituras. Las sumas estaban sentadas en cuenta, como si hubiesen sido giradas a la casa matriz, no habiéndose encontrado datos en la contabilidad suiza.

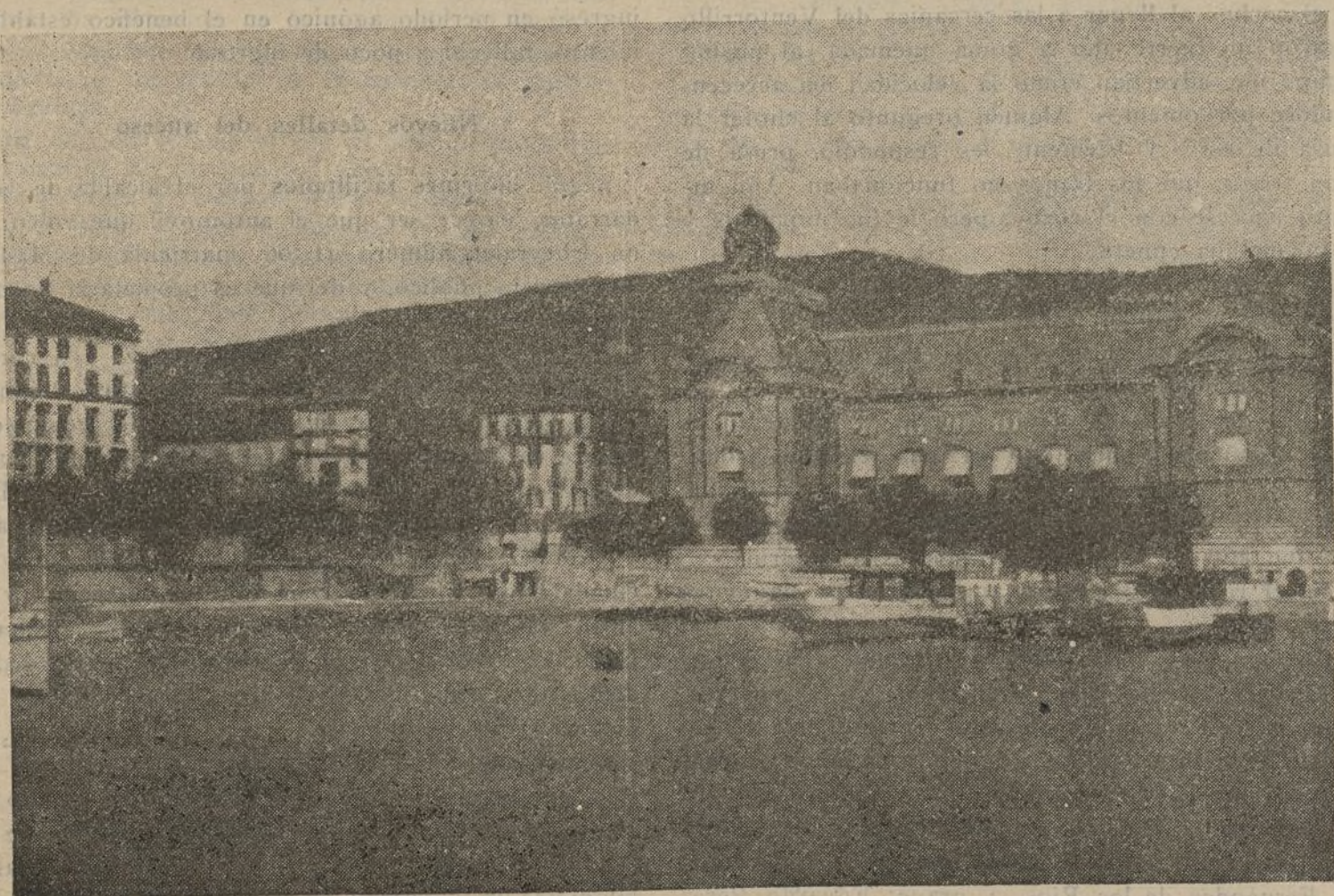
La causa se ha de ver próximamente en el Tribunal criminal de Bruselas, sin que, debido, a su prisión, pueda ir Guinaud a comparecer al lado de sus cómplices Devitte y D'Elleers, siendo juzgado como reincidente.

¿EXISTE OTRO "AFFAIRE" EN ITALIA?

Por otra parte, se habla de un escándalo Guinaud en Italia. El abogado administrador estaba comprometido en un importante negocio de este país, sin llegar a justificar el empleo de una suma de cien mil liras que había desaparecido totalmente de la circulación.

¿ENTONCES?

Después de todo lo expuesto, es de esperar que Guinaud, aunque tenga amigos que le defiendan, tendrá su merecido, dada la claridad con que se presenta su actuación de estafador.



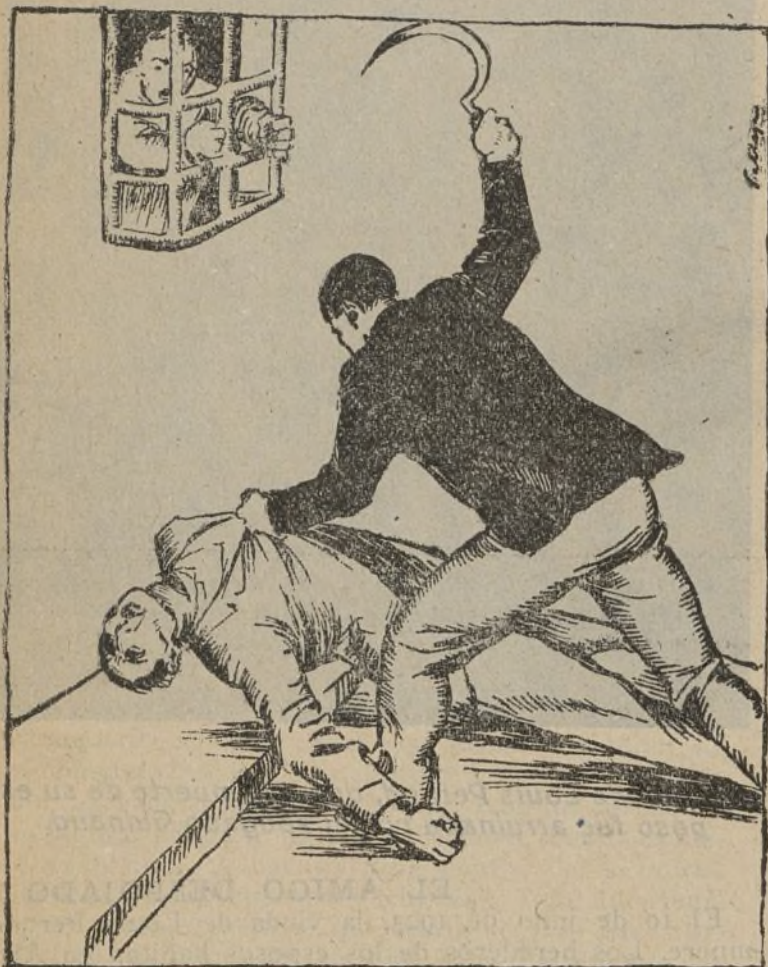
Neuchatel, pintoresca villa suiza, teatro de las fechorías del abogado Guinaud.

Los crímenes de Padul

En el pueblo granadino de Padul, la lucha política local y el odio feroz del caciquismo cometen dos horribles asesinatos

En el pueblo de Padul reinaba un hondo malestar desde hace algún tiempo, y su vecindario se encontraba dividido entre los afiliados a la Casa del Pueblo, socialistas, y el Centro Agrario.

En el mes pasado el Ayuntamiento, de afiliación



republicana, fué sustituido por una Comisión gestora socialista. Hace algunos días los obreros de la Casa del Pueblo salieron al campo para impedir el trabajo, ocurriendo con este motivo una colisión.

Se concentró la Guardia civil, efectuándose bastantes detenciones de personas afectas a la Casa del Pueblo, algunas de las cuales fueron procesadas.

En estos días, y con motivo de la concentración de la Guardia civil en Granada, quedó desguarnecido El Padul.

La Comisión gestora nombró unos cuantos guardias municipales, dotándoles de armas de fuego.

Anoche, el cabo de la Guardia municipal Francisco Maldonado Pérez, acompañado de dos guardias municipales y varios paisanos, entre ellos un vecino llamado Horacio Molina, se presentó en el Centro Agrario, procediendo a detener a Francisco Muñoz Parejo, socio de este Centro, llevándole al arresto, establecido en los bajos del Ayuntamiento.

Muñoz Parejo comenzó a dar gritos por la reja del calabozo. En este instante llegó a la plaza el propietario D. Blas García y García, que al oír los gritos de Muñoz, se acercó al Ayuntamiento no se sabe en qué actitud.



Los guardias municipales le dieron el alto, disparando contra él. Murió instantáneamente.

Juan Pérez Santiago, de treinta años, socio del Centro Agrario, que iba con el señor García, salió perseguido por los guardias municipales, que, disparando sobre él, le dieron muerte.

Según informes oficiales, Horacio Molina paisano que acompañaba a los guardias municipales, intentó con una hoz cortar la cabeza a las víctimas, una vez muertas. Los cadáveres presentan varias tremendas heridas de arma blanca.



Al ruido de las detonaciones se produjo en el pueblo gran alarma.

Entretanto, el juez municipal, don Julio Martínez, requirió el auxilio de fuerzas para poder comenzar sus actuaciones judiciales, y el gobernador dispuso que inmediatamente se trasladase a Padul el agente de Policía señor Oliva y fuerzas de la Guardia civil, que marcharon a dicho pueblo en automóviles. Poco después llegó el Juzgado de instrucción del distrito y más Guardia civil, comenzando seguidamente las actuaciones.

El cabo de la Guardia municipal y otros autores materiales del hecho se fugaron del pueblo a la llegada de la fuerza pública, sin que todavía hayan sido detenidos. La Guardia civil practicó hasta esta mañana las siguientes detenciones: Andrés Martínez Rejón y Diego García López, guardias municipales, y Horacio García Romero y Manuel Romero Rejón, paisanos.

Enterado de lo ocurrido, han marchado a Padul el delegado del gobernador D. Federico Vilanova, acompañado del comisario jefe de Policía y algunas fuerzas de la Guardia civil para proceder a la destitución de la Comisión gestora y reponer en su cargo al Ayuntamiento que fué elegido por el voto popular.

Al recibir el gobernador a los periodistas, refiriéndose a este desgraciado suceso, manifestó que el presidente de la Comisión gestora, apellidado Miranda, se había fugado y que no ha sido posible dar con él.

Por último manifestó que ante la posibilidad de que los asesinos escapasen en automóvil, había telefonado a los pueblos unidos por carretera a Granada, interesando la vigilancia y detención de los agresores.

Al regresar de la Sierra del Guadarrama vuelca un autobús y resultan tres muertos y numerosos heridos

Después de pasar el día en la Sierra, a la hora del anochecer, emprendió el regreso a Madrid el autobús que conducía Clemente Díaz Sotillo, llevando un nutrido grupo de alpinistas.

Según referencias de algunos de los que viajaban en el coche, al llegar a las cercanías del Ventorrillo notaron un fuerte olor a goma quemada, al mismo tiempo que advertían cómo la velocidad iba acrecentándose por omentos. Alguien preguntó al chófer la causa de esto, y Clemente les respondió, presa de gran terror, que los frenos no funcionaban. Aún intentó hacerse con el coche; pero le fué imposible y volcó en una cuneta.

Los viajeros quedaron bajo los restos del vehículo, y los que no habían sufrido daño pudieron ver, tendidos en el suelo a muchos de ellos que no daban señales de vida.

Como la carretera donde ocurrió el accidente es muy transitada, sobre todo en días festivos, pronto llegaron varios automóviles, que dieron aviso de todo a las autoridades de Cercedilla y recogieron a los que aún vivían, transportándolos a Madrid.

En el Equipo Quirúrgico ingresaron los siguientes heridos:

Joaquín Moreno Morales, de diecinueve años, dependiente de Comercio, domiciliado en Esparteros, núm. 11, con lesiones en la cara y magullamiento general; Clemente Mateis, de veintiséis años, dependiente también, con domicilio en Almirante, 15, sufre conmoción cerebral y numerosas lesiones; Antonio Lafuente López, de diecinueve años, domiciliado en Fernández de los Ríos, 2, grave; Eduardo Pérez Pedrero, de veintisiete años, con fractura de la base del cráneo, pronóstico muy grave; Victoriano Seco

Vázquez, de veintiuno, también con fractura de la base del cráneo, muy grave, y Santiago Aguado Rodríguez, de veintidós años, estudiante, con heridas varias, de pronóstico reservado.

Rosario Rubio Pérez, soltero de veintiún años, que ingresó en período agónico en el benéfico establecimiento, falleció a poco de ingresar.

Nuevos detalles del suceso

Según informes facilitados por el alcalde de Guadarrama, parece ser que el automóvil que volcó era un Chevrolet número 41.566, matrícula de Madrid, del servicio público, y del que es propietaria Socorro Fernández y Fernández.

El suceso ocurrió en el kilómetro 18, y a consecuencia de él resultaron muertos Restituto Vázquez Fernández, marido de la propietaria del vehículo y agente de circulación de Madrid; Leopoldo Ibarra del Monte, de diecisiete años, practicante de Farmacia, y otro más que no ha sido aún identificado.

También resultaron heridos y hospitalizados en Guadarrama, Clemente Díaz Sotillo, de treinta y un años, casado, chófer, que conducía el vehículo; Eduardo Pérez Pedrero, de veintisiete años, dependiente de comercio, y Pedro López Barco, de dieciocho años, estudiante.

Según manifestaciones hechas por este último herido, que es el único que por su estado ha podido declarar, parece ser que por la mañana, cuando se dirigían a la Sierra, en el mismo vehículo, al llegar al kilómetro 17, sufrieron un percance en el motor, que obligó a los viajeros a apearse mientras el chófer arreglaba la avería.

EL PADRE IGNACIO

LADRON PORTUGUES

(CONCLUSION)

Hallándonos a la altura de la isla de la Ascensión, encontramos dos barcos portugueses. Un obispo y algunos jesuitas de dicha nación que iban en nuestro barco, le dejaron para llegar antes a Portugal. Extrañe no hiciera lo mismo mi protector; sin duda la prudencia no se lo permitía.

Después de nueve meses de navegación llegamos a Francia. Desembarcamos en el puerto de Lorient. El padre Ignacio me dijo entoces que guardase el más profundo silencio mientras él iba a preparar nuestro espléndido alojamiento. Partió apresuradamente. El drama había llegado al desenlace. Desde aquel momento, jamás he vuelto a ver al padre Ignacio.

Figuraos mi desesperación. Durante tres días pude y tuve paciencia y resignación para esperarle, pero al cuarto día el capitán vino al buque y al verme me preguntó lo que hacía allí.

—Espero al padre Ignacio—le dije.

—¿El padre Ignacio? ¡Ah, joven! Si estará ya bien lejos de nosotros. Hace dos días que embarcó con todo el equipaje y los diez esclavos.

Ya no pude dudar de mi desgracia. En mi imaginación el horror de mi situación aumentó ante el temor que mi edad y mi completa ignorancia de las costumbres me hacían disculpable. Dominado por el dolor y ante la invertidumbre cruel que me agitaba, resolví matarme. Me pareció apropiado para este fin una espada vieja que hallé en un rincón del buque, y apoyando el puño contra las tablas, y dirigiendo la punta a mi corazón, iba a precipitarme sobre el acero libertador, cuando una voz áspera me con tuvo.

—¡Eh! ¿Qué haces, amiguito? ¿Quieres matarte? ¿Quién eres?

—Un desgraciado sin esperanza.

—¿Sin esperanza? Los hombres ni se matan ni pierden la esperanza. Ven conmigo, que nada te faltará.

Seguí a mi bienhechor, que cumpliendo su promesa, de nada me faltó.

—Un mes después, me dijo:

—Amigo mío. Tengo empleo. Voy al Canadá.

—¿Y qué empleo tenéis?

—Voy de cocinero en un buque y tú vendrás de ayudante mío. Ven conmigo.

Seguí al amigo, que a pesar de su carácter brusco, tenía un buen corazón. Por desgracia para mí, falleció en la travesía y la necesidad me obligó a continuar en el barco en la humilde ocupación que él me había dado. Así, por la más rara e incomprensible de las singularidades humanas, un joven de sangre real, iba sirviendo en la cocina de un barco.

Cuatro años me pasé en aquel empleo, visitando la mayoría de los puntos de Norteamérica, Inglaterra y Francia.

Había corrido suficientemente el mundo para des impresionarme de los cuentos absurdos que me había hecho creer el indigno fraile portugués.

Vine a París y tuve la fortuna de ser recibido con interés por algunas personas distinguidas. Estas me recomendaron a la Compañía de Indias, que acordó se me diese pasaje para la China en uno de sus barcos. Me dirigí al punto de Lorient, pero a mi llegada ya se había hecho el buque a la vela.

Algunos me hicieron observar que este contratiempo, no era quizás tan sensible como yo me lo figuraba, porque hubiera sido imprudente emprender el viaje de vuelta a mi país sin saber si aún vivía mi padre, o si mi hermano, aprovechando mi crea muerte, se había hecho reconocer por heredero de reino.

Estas reflexiones me parecían juiciosas y resolví, antes de procurar embarcarme en otro buque, adquirir noticias de Timor. Recibí entonces de la Compañía una pensión modesta que me permitía vivir humildemente.

Por conducto del comandante del "Bretaña", dirigí muchas cartas a los embajadores de Holanda y Portugal, rogándoles las hicieran llegar al rey de Timor y de Solor. Se necesitaban dos años para recibir respuesta de mi patria; muchos se pasaron

sin obtenerla. Volví a escribir. Consultaba a todos los que habían viajado. Supe por el obispo de Macao que en este tiempo vino a París, que mi padre vivía y que mi larga ausencia había causado extraordinaria inquietud en Timor. Eso fue lo único que supe en diez años, de mi familia y de mi reino.

También fui reconocido por dos capitanes de buque que me habían visto en Macao. Fue igualmente atestiguado mi nacimiento por una carta del gobernador de las islas de Francia y por un cirujano francés que me había visto en Timor, donde había estado empleado de cirujano mayor en la Compañía holandesa. A pesar de esto, tenía el desconsuelo de ver que muchas personas dudaban de la veracidad de mis palabras.

Por esta época la Compañía de Indias suprimió mi pensión, por haber sufrido considerables pérdidas en sus negocios, y volví a caer en la más espantosa miseria.

Un comerciante, juzgando, con fundamento, que ganaría millones si conseguía hacerme volver a mi patria, me ofreció dirigir a su costa uno o dos barcos a la isla Timor. Me daba diez mil libras el día de mi partida y dos mil cuatrocientas libras mensuales durante mi viaje, fijado en un intervalo de dos años. Pero este viaje no podía hacerse sin el consentimiento del rey de Francia. Consideraciones particulares, que se cree se debían a la Compañía del Comercio Internacional Marítimo, pusieron un continuo obstáculo a las deliberaciones del Gobierno francés y desgraciaron ese proyecto.

III

Un día en que, triste y pensativo paseaba por la escollera del puerto de Lorient, se fijaron mis ojos en una indiana que al verme dió un grito de alegría y corrió hacia mí sobresaltada. Era Tinui, la esclava querida y confidente de mi bella Inamai. Fácilmente se reconocerá nuestra mutua sorpresa.

—¡Pobre Tinui!—la dije.—¿En qué sitio y en qué situación me encontras? ¿Ha caído Fernate en poder de los musulmanes? ¿Y mi querida Inamai? ¿Y su padre? ¿Se han escapado los vencedores? ¿Dónde están? ¿Los ha socorrido mi padre con sus tropas?

Tinui no pudo de momento contestar a esta catarata de preguntas. Un poco repuesta de la emoción, me relató lo que yo ignoraba hasta entonces.

Una inconcebible ilusión fué la que sedujo a mi padre al autorizar mi viaje. Le halagaba la esperanza de que todas las princesas europeas se disputarían al hermoso heredero de los reinos de Timor y de Solor. La ilusión de mi padre no duró mucho tiempo. Algunos esclavos de los vendidos en Macao habían vuelto a Animalia y la conducta con ellos del padre Ignacio habían indignado al rey, haciéndoles concebir violentas sospechas. Poco tardó en descubrir su indigna conducta. Cartas de Cánton, noticias de Lorient, le habían probado la traición del fraile y la desgracia mía. Mi padre, que era de carácter muy violento, en su impacable furor, hizo dar muerte a todos los misioneros que se hallaban en las islas.

Mientras tanto, habían llegado a Fernate dos buques turcos y el padre de Inamai, aunque vencido, se había hecho, por su vigorosa defensa, estimar de los vencedores que le dejaron en el trono con la sola condición de abrazar la religión mahometana.

Aquel puñado de hijos de Mahoma tenía sus razones para obrar con tanta moderación. Sabían bien que su pretendida conquista de una isla casi holandesa, a vista de holandeses y portugueses, era un juego peligroso.

Tal era entonces la suerte de los reyes indios: vivir a merced de los europeos y ser juguete de los mahometanos y aventureros.

El rey de Fernate se hizo de buena fe musulmán, pero la belleza, cada vez más espléndida de Inamai, no podía por menos que llamar la atención de los vencedores. Apoderáronse de la princesa y le digeron al rey que para probar su sumisión al Gran Señor, debía de hacerle el homenaje de su hija, que sería el más bello ornato del serrallo.

Mi padre, al conocer la irrupción de los mahometanos, reunió apresuradamente a sus tropas y llegó a Fernate seguido de algunos bravos.

—No—dijo mi padre al jefe de los vencedores—.

La princesa que fué destinada para mí para ceñir sobre su frente de diosa la triple corona de Timor, de Solor y de Fernate, no aumentará el número de las cortesanas de un musulmán. ¡Muramos dignos de nosotros!

Al decir estas palabras, hundió un puñal en el corazón de Inamai y, retirándolo rápidamente, lo sumergió en su propio corazón...

Tinui, que presenció aterrada esta escena de sublime heroísmo, fué arrebatada por los musulmanes que no eran más que unos piratas argelinos.

Tocaban casi el final del Continente africano, cuando un buque portugués que iba a Río-Janeiro los atacó y echó a pique. Tinui se salvó a nado y fué recogida por la tripulación vencedora.

A bordo sólo se hablaba de la infame traición del padre Ignacio con el rey de Timor, maldad que le había valido la execración de su patrón.

No disfrutó el infame dominico el producto de su rapiña. Un pirata maltés, en cuyo buque había depositado todos los tesoros, se los apropió. Desembarcó en Tenerife, donde entregó al padre Ignacio a los holandeses, revelándoles sus maldades y fechorías y suplicándoles que en bien de la humanidad debían de condenarle al último suplicio. Tinui, al conocer esta nueva historia, no pudo menos que adorar a la justicia divina y contó a la tripulación los sucesos narrados, que empeoraron la acusación contra el dominico.

Habiendo encontrado por la noche un buque francés que volvía de la Guyana, todos opinaron que Tinui pasara a él, porque tocando el buque en Canarias, podría añadir su testimonio irrecusable a la acusación contra el padre Ignacio.

Tinui deseaba también ir a Francia, sabiendo por rumores públicos que yo esperaba en Lorient noticias de mi patria.

Pasó, pues, al buque francés, donde contó cuanto sabía de mis aventuras y del fin que aguardaba al dominico culpable de tantos crímenes.

El buque enfilaba ya las islas Canarias y a simple vista se descubría la roca inmensa y volcánica del Pico de Tenerife.

Y suspendido del mismo pico, completamente desnudo, cual nuevo Prometeo, el padre Ignacio era devorado por una enorme bandada de cuervos...

¡La justicia de los hombres, triunfaba esplendorosa y terrible!...

F. M. G.



LA CAZA DEL HOMBRE

un drama vulgar

¡Nada que comer y nada de trabajo! ¡Ah, desdichado!

El hombre se tiene abatido sobre su miserable lecho, que cruje. Es un buen tipo, de cuarenta y dos años, al que las desdichas del tiempo han dejado gris los cabellos, y se le nota marcado por hambre y la dureza de una suerte injusta. ¡Uno de esos obreros yanquis que, como tantos otros, trabajan por algunos dólares como bestias y no conocen ninguna alegría bajo este cielo de América, donde se encuentran errantes sin familia y sin hogar!

Este es más desdichado aún que los otros. En 1906 una máquina le había triturado una pierna. Responsabilidad de la firma, no admitida por los juzgados y nada de pensión.

Es terrible vivir de esta forma al otro lado del Atlántico. Andy Susko es de todo; guarda de mercancías en los muelles, en la villa de un millonario. Para no morir lo ha hecho todo. Mas esos recursos se terminan pronto. El paro forzoso y los consecutivos krachs de Wall Street, han dejado al margen todo lo que no es joven, indispensable y fuerte.

Susko, con una pierna de palo, es vencido del todo. En estas condiciones pasa a Pittsburgh, en pleno distrito minero.

Cuando la desgracia se ceba en un hombre, no cesa nunca. Renovar todos los días la demanda de empleo, ver a los jefes escribir, buscar, suplicar, es la más deprimente de las labores. Andy Susko conoce todas las amarguras, todas las humillaciones, todas las miserias. Escucha continuamente el desesperante: "dejad vuestra dirección", "se os escribirá". Y alguna vez lo más cruel: "Muchacho, no hay trabajo para usted". Se le ha visto salir de las agencias y marchar con paso de sonámbulo. El poco dinero se ha terminado y es necesario comer.

Andy Susko ve que para responder a la bondad de toda una vida no tiene más porvenir que la desesperación y el hambre.

Al fin, el hombre lee un anuncio: "Se precisa un obrero especializado, en la Mc. Clintic Marshall Company." Había que visitar a M. George Stewart, director general.

Andy se preparó su pobre indumentaria, lo mejor posible, y marchó a pie a la fábrica. Esta era un gran edificio de ladrillo, con innumerables vitrieras, en donde el acero, noche y día, corría en alas de fuego. Al fondo de un patio, Andy Susko vio doscientos "sin trabajo" cerca de la oficina, formando una larga cola que avanzaba un paso cada cinco minutos. Cuando él llegó cerca del muro escuchó algunas palabras como éstas: "¿Qué vendrá a hacer aquí? Nada de inválidos en el trabajo del acero".

El hombre no contestó nada; miró su pierna y se limpió una lágrima.

Esperó dos horas. No podía más. La esperanza y la inquietud libraban en él una gran lucha. Por fin entró en la oficina. George Stewart era un joven de mirada dura, de hombre convencido de su autoridad. La amistad de una hija de Marshall le había valido el puesto. Rápidamente se había hecho detestar. Hablaba rápidamente.

—¿Qué desea usted?

—Trabajo.

—¿Es obrero metalúrgico?

—Sí.

—¿Dónde ha trabajado?

—Un poco en todas. La última casa, Riter-Carley.

—¿Qué sabéis hacer?

—Todo. Solamente que debo deciros... He sido víctima de un accidente del trabajo y tengo una pierna de palo. Entonces...

—Entonces, ¿qué deseáis que haga yo? Esto no es un hospital.



—Pensé que podríais darme una plaza de guarda de noche. O un empleo de controlador. O en la oficina. No soy exigente... y tengo necesidad de trabajar.

—¡Mil diablos! A nosotros nos hacen falta atletas. ¡Váyase!

—¡Señor Stewart!

—¡Váyase le digo! Déjeme en paz.

—Señor Stewart, os juro... os suplico.

—Despedad el campo. No tengo tiempo que perder.

El desdichado sintió como si bajo sus pies se abriese un abismo. Sintió una desesperación más tremenda que la muerte. Su corazón se llenó de una irresistible cólera. Andy veía rojo, sus ojos saltaban de las órbitas. Dió un puñetazo sobre el bureau:

—¿Me daréis trabajo? ¿Sí o no? Porque sino...

La frase no se acabó. Sin saber cómo ni por qué, Susko se encontró con un revólver en las manos y tiró, tiró... Todo lo que él pudo. George Stewart quedó sobre el bureau, con los brazos en cruz y cinco balas en la cabeza.

He aquí el último acto. Andy Susko ha huido a la aventura. Se encuentra en un campo cubierto de malezas, que le ocultan. Un campo detrás de la fábrica. La fábrica sin director general, pero que sigue su vida con el ritmo de sus máquinas, que no dejan de moverse nunca.

Andy Susko, sano y fuerte, hubiera podido huir. Inválido, nunca. El lo sabe.

Han acudido los detectives y algunos voluntarios. Diecinueve en total para capturar a un hombre, con una pata de palo.

El tiempo pasa. Cuatro horas desde que el director de la fábrica fué muerto. Andy Susko ha gritado a sus perseguidores que si se acercan matará a los que pueda y se suicidará después.

Los policías saben que en el bolsillo del pantalón de Andy está todavía caliente el arma del crimen y saben, además, que ellos no están ante un criminal profesional, sino ante un hombre atacado un segundo de locura. Pero saben también que la captura será difícil sin nueva efusión de sangre, lo que agravaría el caso del pobre Susko, víctima de la vida cruel. Dos policías se adelantan y le hablan:

—Ríndete. No te haremos mal. Sabemos muy bien lo que es un momento de locura.

La voz de Susko responde, revelando cada vez más su mente extraviada. El inspector insiste y Susko le habla de morir.

Y pasa el tiempo. ¿Se rendirá? ¿Se suicidará? ¿No habrá un milagro?

No hay milagro para los asesinos. Las bombas lacrimosas vuelven a la razón a Andy Susko. Estrechamente encadenado, marcha camino de la prisión. Bien pronto el tribunal se pronunciará.

Puede que los jueces de América, inflexibles de ordinario, sean indulgentes en el caso de Andy Susko. Desde luego merece ser penado. ¿Pero no era preciso acusar a la sociedad y que ello le sirviera de atenuante?

Invalidez, días sin pan, desesperación y deseo de trabajar, sin conseguirlo, se presentarán a favor de Andy Susko el día de la prueba decisiva. ¿La voz se hará oír? Nosotros lo deseamos.

El proceso de los espíritus de Lyon

Había mucha expectación para el proceso de Marcel Veyre y de José Caraës, los dos jóvenes estafadores, lugartenientes, el uno, del capitán Maudrin, y el otro del sorsario Surcong, y que no pudieron, y que no pudieron, pese a sus relaciones con los espíritus, evitar los rigores terrestres del Tribunal Correccional de Lyon.

Los espectadores del proceso no fueron decepcionados. La vista se celebró en la sala cuarta, que es como una gran sala de hospital, toda blanca, muy a propósito para los "fantomas" que van a operar en ella.

El lugarteniente de Maudrin, revestido de uniforme muy especial, avanza. Es pálido, algo grueso y con barba de dos días. El colaborador de Surcong, breton, con ojos claros, mejor vestido y con más seguridad que su compañero.

En el banco de los testigos, M. Bouchard, madame Bouchard, M. Hugues Roche y la madre y la hermana de Marcel Veyre. Las dos mujeres están abrumadas.

Monsieur Hugues Roche es el primer testigo que abre los debates. Tiene miedo de aportar al Tribunal los datos precisos:

—No sé nada; no me explico nada... y suspira.

Desde luego debe de obedecer al espíritu de Maudrin, que en todo momento le llama al orden.

—No obstante, usted ha sido víctima de una estafa de siete mil francos. Estabais en Saint-Laurent-du-Pou. Una noche dejasteis el portamonedas en el armario del cuarto. En este mismo cuarto dormía Veyre. Al día siguiente, el dinero había desaparecido.

—Era Maudrin el que lo había desmaterializado.

—¿Comprendéis que fuisteis engañado?

ePro M. Hugues Roche no lo comprende jamás, y es inútil pretender hacérselo creer.

—Yo no sé nada..., no sé nada. Hay cosas que no se explican, pero que existen.

El público espiritista aprueba. El no espiritista condena.

Llega el turno a M. Bouchard. Monsieur Bouchard es un viejo muy digno, cuya barba blanca está toda impregnada de fluido. Es el tío de Marcel Veyre y el protector generoso de Caraës, habiendo sido engañado por el uno y por el otro, lo mismo que por su mujer, que utilizaba el espiritismo y la complicidad de los dos compinches para obtener de su marido lo que deseaba.

Monsieur Bouchard está triste. Infinitamente triste.

—Yo no pienso más que en que todo esto irá muy lejos. Caraës no es culpable; el culpable es Manuel Veyre. Mas yo lo perdono todo y lo olvido todo...

He aquí un lado curioso del negocio.

Madame de Labonne, defensora del sobrino, llama a la bondad del tío:

—Monsieur Bouchard, si perdona a Caraës, perdonará también a Marcel Veyre?

M. Bouchard.—Lo perdono todo. Retiro mi queja. Lo olvido todo.

(Esto es indiferente para los magistrados. La justicia continúa.)

El Presidente (a M. Bouchard).—¿Por qué retiráis vuestra queja contra Veyre?

M. Bouchard.—Gracias a él he visto cosas maravillosas. Una noche, en mi casa, Totó...

El Presidente.—¿Totó?... ¿Quién es Totó?

M. Bouchard.—Una noche, en mi casa, Totó, que no conocía la música, en la obscuridad, interpretó a Wagner al piano...

El sustituto Mouton.—¿Estáis seguro de que era Wagner?

M. Bouchard.—Era una bella música para no ser de Wagner.

El Presidente.—¿Habíais dado vuestra confianza a Caraës?

M. Bouchard.—Se la he dado enteramente. Es inocente. El culpable es Totó...

¡Pobre Totó! Hace cinco minutos, su tío Bouchard le englobaba en su perdón, y posteriormente mantiene su acusación.

Madame Bouchard avanza. Es cómplice de José y de Marcelo, pero es mujer legítima y cuenta con la inmunidad, inmaterial y jurídica, del Código penal francés. La mujer, según éste, puede impunemente robar y estafar al esposo. No hay delito.

Es por lo que Mme. Bouchard, que ha sacado para el intermediario de Maudrin y de Caraës 3.000 francos a su crédula esposa, no ha sido perseguida. Pero el presidente ha pedido tenerla presente.

—He recibido este dinero—dice—muy contenta, porque mi marido es muy tacaño. Tened piedad de mí. (Risas.)

Desafiando las risas del público, Mme. Bouchard dice con fuerza:

—Soy espiritista, y creo en los espíritus. Caraës es un bravo joven al que amo mucho.

El sustituto Mouton invoca el Código. Los abogados muestran su reconocido talento: Marcel Veyre es condenado a dieciocho meses de prisión y Caraës a un año.

Monsieur Bouchard queda desolado.

EL VAMPIRO DE MADRID

UN REPORTAJE SENSACIONAL

Todas las informaciones de la prensa madrileña habían sido relegadas a un segundo término. Las columnas de la primera y de la segunda página resultaban insuficientes para dar cabida a las informaciones y a los reportajes relacionados con el asunto



misterioso del asesinato de mujeres, que la gente había dado en llamar del "vampiro de Madrid".

Fotografías de los cadáveres, de las casas en que habían sido cometidos los crímenes, de los familiares de las víctimas, interviús con los jefes de la policía. Los mejores sabuesos del reportaje, las águilas del periodismo, fueron movilizados para satisfacer con sus artículos la curiosidad pública a cada momento más vivaz y más ansiosa de noticias.

Pero todo el asunto continuaba envuelto en el misterio más impenetrable. Día tras día todo quedaba reducido a lo mismo. Un grito de espanto en la noche. ¿Una mujer muerta?... Y ni un individuo, ni la más leve pista que permitiera establecer una hipótesis. ¡Nada!

El director del rotativo "La Noche", llegó a la redacción más temprano que de costumbre.

—Inmediatamente preguntó a un ordenanza: —¿Ha venido el señor Arborio?

—Sí, señor.

—Dígame usted que venga a la Dirección.

Carlos Arborio era el reporter de sucesos de "La Noche". Un periodista que en muchas ocasiones había desatendido su oficio porque, más que el ejercicio de las letras le atraía el detectivismo. Si como escritor no había logrado grandes éxitos, en cambio eran famosas sus intervenciones policíacas.

Merced a su auxilio había sido puesto en claro el tenebroso crimen de la Prolespiradad y el desfalco a la caja del Banco Provincial, donde pudo probar que los acusados de haberlo cometido no habían tenido la menor participación en el hecho.

Carlos Arborio se presentó en el despacho del director de "La Noche".

Era un joven de mediana estatura, rubio, con los ojos claros. Se presentaba en sus músculos una agilidad de gato joven; pero se observaba igualmente en lo referente a fuerza física distaba mucho de ser un atleta.

El director del periódico le espetó cuando lo tuvo delante:

—Es preciso descubrir al vampiro.

Arborio no se tomó la molestia de asombrarse. Estaba muy acostumbrado a las vehemencias de su interlocutor, para que nada de él le cogiera de sorpresa.

—Veremos—se limitó a decir.

—¡Es preciso! ¡Absolutamente preciso! Hay que tomar la delantera a la policía. Y mientras usted descubre al vampiro, que sus reportajes sean truculentos y sensacionales. Hay que ganarles por la mano a los de "El Yunque". La información ha de ser superior, muy superior a la de los demás periódicos. ¿Comprende usted?

—Comprendo.

—Entonces, hasta la vista.

Con estas palabras dió el director de "La Noche" por terminada su entrevista con el reporter de sucesos.

Carlos Arborio mandó parar el primer taxímetro que encontró en su camino. Dió al chófer las señas de la casa en que había sido cometido el asesinato de doña Antonia Salazar.

—Madera, 86.

Y unos minutos después entraba en el dormitorio de la víctima en el momento en que el inspector de policía, señor Martínez Soria, manifestaba su opinión de que a las mujeres a quienes se encontraba muertas en sus camas después del grito espantoso que prorrumpían, las mataba el miedo.

Y como Carlos Arborio denegare, el inspector de policía le preguntó:

—Y aparte de la pista del grito espantoso de las víctimas, ¿ha descubierto usted algún indicio que nos permita saber quién las asesina?

—Por ahora, no. Pero en veinticuatro horas no me queda más remedio que hallarlo. Me es absolutamente necesario escribir un reportaje sensacional.

Dichas estas palabras, Carlos Arborio se despidió de los policías y del forense.

Aquella noche Carlos Arborio acompañó, como tenía por costumbre, a su novia hasta la esquina de la calle de San Roque, donde vivía la muchacha.

Angelita, que así se llamaba la joven, no halló en su novio la misma jovialidad ni el mismo buen humor que en él eran habituales y le preguntó:

—¿Te sucede algo, Carlos?

—No.

—Te veo preocupado. ¿De verdad no te pasa nada?

—¡Bah!... No tiene importancia. Tengo que escribir esta noche un reportaje sensacional acerca del "vampiro de Madrid" y hasta ahora no es mucho lo que he podido averiguar. En fin... Ya veremos cómo lo escribo.

Carlos y Angelita cambiaron un apretón de manos. Ella se dirigió a su casa y él se metió en un café para escribir el reportaje sensacional acerca de los crímenes cometidos por el misterioso "vampiro de Madrid".

Allí quedó unos momentos con la pluma en alto. Después, sin mucha fe en lo que estaba escribiendo, comenzó el reportaje. Cuando lo hubo terminado se encogió de hombros y dijo:

—En fin! No creo que lo hagan mucho mejor los de "El Yunque".

A la mañana siguiente, Carlos Arborio se levantó temprano. Como de costumbre, se dirigió a la redacción de "La Noche", pensando en el escaso interés que iba a tener su reportaje.

—¡"El Yunque"! ¡Lea usted "El Yunque"!...

Y en seguida agregaba como coletilla a su pregón: —Con el nuevo asesinato cometido por el vampiro misterioso! ¡Lea usted "El Yunque"!...

—¡Vaya!—pensó Arborio—. Ya ha caído otra víctima. ¿Hasta cuándo van a durar estos crímenes?

Llamó al vendedor de periódicos.

—Deme "El Yunque".

Desdobló el periódico. En la primera plana y a grandes titulares leyó:

"El octavo crimen del vampiro".

Luego, con unas letras más pequeñas: "Una señorita asesinada en la calle de San Roque".

El nombre de la calle hizo estremecerse al periodista. La calle de San Roque era la calle donde vivía Angelita.

En el centro de la primera plana insertaban el fotograbado de un retrato de mujer. Carlos sintió que



le temblaban las piernas, que dentro del cerebro le vacilaba todo un mundo de ideas...

—¿Era el retrato de su novia?

Aquella misma mañana el director de "La Noche" recibía la siguiente carta:

Sr. D. Alvaro Portal, Director de "La Noche", Madrid.

Distinguido director:

Circunstancias de doloroso orden íntimo me impiden dedicar mi atención al encargo con que usted me honró ayer.

En lugar de escribir un reportaje sensacional, prefiero vivirlo.

Desde hoy el vampiro misterioso tiene el más encarnizado enemigo en el que es de usted atento amigo y servidor, CARLOS ARBORIO.



La primera intención que hizo Carlos Arborio apenas logró reponerse un tanto de la emoción que experimentara al enterarse de que su querida Angelita había sido asesinada por el misterioso "Vampiro de Madrid" fue la de presentarse en el domicilio de la muchacha, por ver si allí conseguía encontrar lo que la Policía no había descubierto todavía en ninguna parte; es decir, un indicio cualquiera que le permitiera ponerse sobre la pista del "Vampiro".

Después modificó su pensamiento.

En primer lugar, no sabía si sus nervios podrían resistir el espectáculo de la novia asesinada, y en segundo, temía que la afluencia de gente le intercediera las pesquisas que pudiera hacer.

La visita a la casa mortuoria la aplazaría para la tarde, para cuando ya se hubieran marchado de allí los policías y los fotógrafos y los reporteros de los diarios de la noche, deseosos de ampliar los detalles dados por sus colegas de la mañana.

Pero este aplazamiento, en el estado de nerviosidad en que se encontraba Carlos, le era punto menudamente imposible. Tenía que sumergir su espíritu en una actividad relacionada con el "Vampiro", como aquel ser extraño que nunca había visto, que probablemente jamás habría sido visto por nadie, con excepción única de las víctimas que su maldad causaba.

Los vendedores de periódicos agotaban los paquetes de prensa. Especialmente "El Yunque", el diario rival de "La Noche", tenía un formidable éxito de venta. En la segunda página venían publicados los retratos de las ocho mujeres asesinadas por "el Vampiro de Madrid" con la noticia de sus domicilios.

Carlos Arborio, que pasaba distraídamente su mirada por aquellas columnas de compacta prosa, se detuvo al llegar a la lista de las casas que habían habitado las víctimas.

—Es curioso—dijo.

—Sí, es muy curioso. Veamos: Doña Margarita de la Plaza, calle de la Luna, doce, tercero. Señorita de Martínez, calle del Pez, cuarenta y ocho, cuarto. Doña Eleuteria de la Sota, Madera, setenta y cinco, tercero. Sí, y las otras lo mismo. Todas las muertas pertenecen al mismo trozo del viejo Madrid y todas habitaban en pisos altos. ¿Por qué esa circunstancia? ¿Por qué? ¿Se nos olvidara alguna pesquisa?

Iba absorto en sus pensamientos, y cuando se detuvo se halló frente al portal número 86 de la calle de la Madera, es decir, frente al domicilio de la víctima anterior a Angelita.

—¿Qué resortes psíquicos le habían llevado hasta allí?

Sin tratar de desentrañarlos, subió las escaleras.

—Lo más probable es que no haya nadie—se dijo—pero de todas formas llamó a la puerta.

Se equivocó en sus suposiciones, porque no pasaron muchos minutos sin que nos curiosos ojos de mujer se asomaran a la mirilla de la puerta y una voz preguntara:

—¿Quién es?

Luego aquella mujer, que no era otra que la asistente que había tenido en vida doña Antonia Salazar, le reconoció y dijo:

—¡Ah! ¿Es usted?

—Sí—contestó el periodista mecánicamente.

La asistente le franqueó la entrada.

El Barba Azul femenino

Mark Campbell, el famoso detective de Michigan, se había tenido ocasión de demostrar sus méritos en diferentes ocasiones y que deseaba poner punto final a su actuación oficial, ha sido solicitado por un nuevo asunto misterioso que reclamaba el ejercicio de su perspicacia.

Un hombre, un obrero, nombrado Steve Mark, se vivía de huésped en casa de una mujer de cuarenta y un años, Rose Vères, y pasaba por ser su hijo. Fué encontrado en el portal, bañado en un mar de sangre. Había sucumbido por la fractura del cráneo.

El médico que fué llamado no certificó la defunción estimando que un golpe por caída del primer piso no podía haber producido tan terribles heridas. Consecuencia agravante: se trataba de una escalera de madera.

Madame Vères, interrogada, se contentó con decir que durante la noche había escuchado un ruido y un grito agudo. Desde lo alto había visto a su huésped inanimado. Respiraba todavía, pero murió unos minutos después. Otros vecinos de la casa, por el contrario, afirmaban no haber escuchado nada. Uno de ellos, que había entrado a la hora señalada por la mujer, no había visto nada anormal.

Vistas todas estas coincidencias, Mark Campbell consulta el "doxier" de Mrs. Rose Vères. En este momento sus ojos se abrieron, y encendiendo su pipa tomó el sombrero y salió.

Cuando regresó, sus pesquisas debían de haber sido fructuosas cuando se frotaba las manos, y dijo a su secretario:

—Escribid Glodys, lo que voy a dictar: "Affaire" Rose Vères (por lo que se ve, ya lo consideraba como "affaire" Rose Vères).

"Mistress Rose Vères, viuda, de cuarenta y ocho años, tiene una casa con habitaciones para alquilar obreros solteros de diversas nacionalidades. Tiene visionistas, pero con la reputación de dar gato por bre.

"En su casa hay un desfile continuo, lo que hace investigaciones muy difíciles. No obstante, ha sido posible establecer que nueve de los hombres que en estado de huéspedes han desaparecido en condiciones sospechosas, que llaman la atención de la Policía.

"De estos nueve, cinco murieron, y aunque en circunstancias diferentes, eran igualmente bizarros. Tres eran maridos legales de Mrs. Vères y dos amantes leontinos.

"El primer marido se suicidó de un tiro, diciendo que era tan desgraciado en su matrimonio, que quería morir.

"El segundo marido fué víctima de una riña. Un duelo de la casa, un polonés, que pasaba por el amante de Rose Vères, estrelló una botella en el cráneo del pobre, que pasó al hospital y se murió. Rose Vères heredó y el matador desapareció.

"Lo que se refiere al tercer amante legítimo no es muy claro. Durante una partida de caza se envenenó con setas. El solo, de seis que comieron con él.

"Después de esto, otros huéspedes desaparecieron misteriosamente de la casa, sin que volviera ninguno. Sus amigos preguntaban por ellos, y ella clamaba contra los "hijos de perro" que se habían ido pagarle la deuda.

"Poco más tarde habló de una explosión de grisú que los dos desaparecidos figuraban entre las víctimas.

"Después del envenenamiento accidental del tercer esposo, cuatro obreros, sin contar Steve Mark, desaparecen sin dejar rastro. Un día le preguntaron dijo que tenían la manía de marchar a América. Por fin llegó Steve Mark. Se hace notar que los papeles de este mozo se encontraron una póliza de seguro sobre la vida de la propietaria de la casa y un testamento en que la hacía heredera de todo lo que había.



Mme. Vères, el Barba Azul femenino, escucha tranquilamente los cargos de acusación que se le hacen.

"Steve Mark, contable en una gran empresa de conservas, ganaba bien su vida y era original y avaro. Su cuenta en el banco se elevaba a 3.500 dólares.

"Rose Vères ha recibido las siguientes herencias:

"1.º De su primer marido, 3.000 dólares, más el fondo de comercio.

"2.º De su segundo (los negocios habían prosperado), 9.800 dólares.

"3.º Del tercero, Alec Vères, 7.000 dólares, más una casa de campo.

"De Steve Mark, Mrs. Vères debía recibir 3.500 dólares, más el importe del seguro sobre la vida, que hace un total de 30.000 dólares (si Mark Campbell no hubiese tomado a su cargo el asunto).

"Con este juego, Mrs. Vères, aunque contaba con cuatro muertos en su conciencia, había conseguido un minimum de 53.000 dólares y dos propiedades. Sin poner en la cuenta las pequeñas economías de los desaparecidos.

"Mistress Rose Vères, a la que podemos llamar Barba Azul o el Landrú femenino, por todo esto debe ser arrestada inmediatamente. Un registro en su domicilio es de gran interés y debe ser efectuado inmediatamente.

"En lo físico, Rose Vères es mujer sin frescura y sin encantos. La mirada, dura, y los labios colgantes. Parece desdénar toda coquetería y encierra sus cabellos grises bajo una voluminosa redecilla. Se dice de ella que es una cruel egoísta, que se hace rápidamente detestar. Está desprovista de toda seducción, hasta el punto que uno se pregunta cómo esos mozos de veinticinco a treinta y cinco años han podido ser conquistados por ella. Ciertamente que se trata de solteros extranjeros que hablan mal la lengua americana; pero pese a todo..."

El ayudante del detective llega en aquel momento y éste le ordena arrestar a la mujer.

—¿Bajo la culpa...?

—De asesinato. Ha matado a Steve Mark, su amigo, y bien puede ser que a otros. ¡A nueve más!... Puede ser un buen trabajo.

—En efecto, patrón.

—Una criminal de esta naturaleza no se deja coger tan fácilmente. Es más vigorosa que un atleta de profesión y tiene un golpe más duro que un boxeador de pesos pesados. Es necesario cogerla viva, y puede que intente envenenarse.

—No temáis, jefe. Contad conmigo.

Efectivamente, unas horas más tarde la "foto" que publicamos estaba hecha en el puesto de Policía, y Mme. Barba Azul escuchó la lectura de la acusación y era invitada a explicarse sobre la volatilización de sus amores. Durante este tiempo, Campbell encontraba algo interesante en el domicilio de ella.

Un martillo con manchas de sangre que tenía adhe-

va a ser juizado

ridos algunos cabellos. Con este martillo fué atacado Steve Mark cuando escribía una carta. El monstruo femenino, una vez cometido el crimen, le llevó al lugar donde fué encontrado.

Siguiendo sus pesquisas descubrió arsénico y ácido prúsico y una gran cantidad de ácido sulfúrico. Mrs. Vères, era, evidentemente, una Landrú que no retrocedía ante los medios más modernos de la ciencia para suprimir a los que podía sacar dólares, duramente ganados.

Mistress Vères, no obstante, negó cuanto se le imputaba y observó un mutismo feroz, encogiéndose de hombros a todas las preguntas. No obstante, su suerte está echada. Escapará a la silla eléctrica porque se ha perdido la costumbre de conducir a las mujeres, en los Estados Unidos, a este suplicio y porque en Michigan la pena de muerte no está admitida.

Pero será condenada a cadena perpetua, cosa que merece por haber borrado de la lista a nueve personas.

Uno queda confundido ante su audacia y su inconsciencia, con una fuerza física puesta al servicio de un alma muy negra.

Un día, no obstante, al llegar a la víctima número diez, ha sido descubierta. Después de haber jugado tanto con el fuego...

El secreto del recaudador Tourencq y el misterio de los cinco millones

El recaudador del Registro Juan Tourencq, ¿es un ladrón o es un hombre que por dar la batalla a la injusticia ha preferido ser calificado de estafador?

Así se presenta a los ojos del público el "affaire" Tourencq, aureolado de un torbellino de billetes azules.

Ha privado a la caja de 5.305.000 francos en un bonito día de delirio para saldar el presupuesto de las vacaciones.

¿Dónde están los 5.305.000 francos? Esto es causa de una investigación judicial. Pero de todas formas no se encontrarán más en los cofres de la administración.

Tourencq, doctor en Derecho, tiene una perfecto conocimiento del Código, y al ser detenido en su casa se muestra sereno y dice:

"He cometido el crimen de malversación de fondos públicos, lo que me proporcionará la ventaja de comparecer ante el Tribunal."

Se piensa de esto que el recaudador no ha hecho más que confiscar la suma. Todo justifica esta hipótesis. No se le conoce amante, no juego.

—Devolvednos los millones—le sugiere una voz paternal—y pasaremos una esponja sobre este asunto...

Pero M. Tourencq hace como que no lo entiende y quiere pasar por el Juzgado. Lo exige.

¡El maldito trapacero!

Es que el recaudador Juan Tourencq, funcionario exacto y escrupuloso, ha sido, por una casualidad, complicado en el asunto y sabe más de la cuenta de los millones.

Todos se proponen asistir a la audiencia, porque habrá revelaciones sensacionales y derivaciones insospechadas.

Y se confía en el ingenio de M. Tourencq para todo esto. Pero mientras tanto, la gente se pregunta: ¿Dónde diablos están los cinco millones?

UNA CAUSA CELEBRE Y MISTERIOSA

¿Es inocente el condenado Seznec?

Revelaciones sensacionales de un ex juez de instrucción. - Las incertidumbres del expediente.
Los secretos del proceso.



Mme. Seznec, fallecida recientemente. Fotografía hecha el día que condenan a su esposo.

¿Qué es un crimen célebre? Cuando la culpabilidad del procesado no queda completamente aclarada ante la opinión pública, el misterio se enseorea y eleva a la celebridad cualquier crimen vulgar. Es, pues, el misterio el que hace célebres todos los crímenes.

Por eso el proceso Seznec, es un proceso célebre: por su misterio. Misterioso el motivo del crimen. Misteriosa la muerte de la víctima, pues el cadáver de Quemeneur aún no ha sido descubierto. Tampoco se ha podido probar que Seznec fuese el autor de este crimen horroroso.

Ante tanto misterio, la opinión pública se desconcierta y los jueces dudan, vacilan.

La opinión de un ex juez de instrucción.

Y ante tanto desconcierto, tanta duda y tanta vacilación, aquí tenemos al viejo magistrado monsieur Hervé, ex juez de instrucción de Guinguamp, que interviene entre la opinión pública y afirma con valentía: "Seznec es inocente."

Y ante esta solemne afirmación, el alma generosa del pueblo queda turbada y queda turbada también el alma de la justicia.

El cronista que consciente, no tiene que perder la serenidad ante la figura sublime de este magistrado y ex juez de instrucción que pone en entredicho la rectitud de los jueces. No es extraño este caso. Hemos conocido algunos generales antimilitaristas, que no por eso han dejado de ser soldados ilustres. La afirmación de Mr. Hervé puede ser sincera. Por eso Mr. Hervé ha sido juez de instrucción en la misma población que Seznec fué condenado. ¿Cabe prejuzgar la declaración de Mr. Hervé de apasionada? ¿Hay que creerla hija de una íntima rivalidad con alguno de sus colegas?

Ningún acto de la vida de Mr. Hervé lo demuestra. Mr. Hervé ha sido durante muchos años un juez dignísimo, modesto, perfecto, sin ambiciones ni egoísmos.

Nunca le dominó ni la gloria ni el despecho. Fué un juez honradísimo. Ante el caso Seznec, se enfrascó en el sumario durante meses y meses.

Y al terminar su estudio es cuando exclama con valentía cívica: "Seznec, es inocente."

Y los magistrados que conocían la honrada labor de Mr. Hervé, reconocen que también un juez puede equivocarse.

El suceso.

En el mes de mayo del año 1923, monsieur Quemeneur, la víctima, era consejero general del Banco Finisterrre. Seznec, era un industrial establecido en Traon-Var-Velin. Se le detiene en Morlaix. Y registrada su casa, se le encuentra el texto de un ventajosísimo contrato a su favor, firmado por Quemeneur. También la policía descubre una máquina de escribir, completamente rota y que sirvió para redactar el acta del contrato. El vendedor de la máquina y tres individuos reconocen al señor Seznec como al comprador de la misma. Pero el cuerpo del malogrado Quemeneur no ha sido encontrado y Seznec fué condenado a trabajos forzados a perpetuidad.

Y mezclada en este drama encontramos la figura admirable de una mujer: la esposa de Seznec, que ha consagrado su vida y sus energías a defender la inocencia de su marido y que después de la condena ha muerto de pena.

Sin embargo, hay que darle una tregua a la emoción. Hay que hojear el sumario. Hay que estudiar tranquilamente el proceso. Oigamos a Mr. Hervé.

"A fines de mayo de 1923 desaparece Quemeneur. Los marineros de una gabarra amarrada cerca de la casa donde vive Quemeneur, afirman que aquella noche oyeron unos disparos. Lo declaran con sinceridad y con firmeza. No dudan.

Seznec, esa noche y a esas horas, se encontraba en Morlaix. ¿Estuvo Quemeneur allí esa noche?"

—Es un caso raro!—exclama monsieur Hervé, ante los amigos y defensores de la inocencia de Seznec.

Y la justicia sigue inquieta, dudosa, turbada.

La hipótesis de Mr. Hervé.

Esta extraordinaria circunstancia que acabamos de reseñar el acto del registro, la máquina de escribir rota, el testimonio irrefutable del vendedor de la máquina, el contrato favorable a Seznec firmado por Quemeneur, embrollan el asunto.

Pero Mr. Hervé no se rinde, él estudia apasionadamente y con fe ciega el proceso y planea su sistema de defensa.

—Seznec—dice—es una víctima del error. El criminal o sus cómplices, los autores materiales del asesinato de Quemeneur en Plousivos, han utilizado a una persona de su mayor semejanza, han podido romper la máquina de escribir de Seznec puesto que está comprobado que el despacho de este industrial estaba abierto día y noche; abierto y descuidado de vigilancia.

Un viaje al Havre.

Se le acusa a Seznec de haber hecho un viaje al Havre el 13 de junio de 1923. Ese mismo día, Quemeneur ha telegrafiado desde el Havre a su familia. Dice así el telegrama: "Todo marcha bien. Regresaré dentro de breves días."

Pero el original de este telegrama encontrado en la estación telegráfica, no está escrito por Quemeneur. La letra de este texto es parecida a la de Seznec. Pero no se puede hacer rotundamente esta afirmación.

Cuatro testigos del Havre dicen que el 13 de junio han visto a Seznec en una tienda de máquinas de escribir. Estas declaraciones son ratificadas por el vendedor de la máquina. Sin embargo, Seznec, ese mismo día estuvo en San-Brieu, con su auto. En un garaje compró carburadores para su magneto. El vendedor lo confirma. Y estando en San-Brieu a las once de la mañana, no pudo estar en el Havre a las doce. Imposible.

¿Cómo empleó su tiempo Seznec? El lo ha declarado ante el juez de instrucción.

—He salido de Plonaut el 12 de junio en el tren de las nueve de la noche. Llegué a Saint-Brieu a las doce, y allí pasé la noche.

—¿En qué hotel?—pregunta el juez.

—No recuerdo. Sólo recuerdo que el hotel estaba en la plaza Mayor.

Efectivamente, en la plaza Mayor de Saint-Brieu, está el Hotel de Francia. Pero el dueño del hotel no puede enseñarle al juez la hoja de entrada de aquella noche en la que debía de figurar el nombre de Seznec. No la hizo. Pero recuerda bien que Seznec pernoctó aquella noche en su casa.

La máquina de escribir.

La acusación y el buen sentido, pueden decir: "Se ha comprobado que Seznec estuvo en el Havre. También se comprueba que adquirió la máquina de escribir, que es la misma que se ha encontrado destrozada en su casa."



Quemeneur, que según Mr. Hervé, ha sido asesinado, pero no por Seznec.

Sin embargo, Seznec tenía en su casa tres máquinas de escribir de la misma marca. Las tres eran "Royal". ¿Para qué quería otra? No tiene explicación. No hay que dudar: existe un hombre parecido a Seznec, que se le confunde con Seznec.

Y el secreto de todo el sumario, el misterio, lo encontramos en ese contrato que Quemeneur firmó e hizo firmar a Seznec. La firma de Quemeneur está calcada. También está calcada la firma de Seznec.

El maletín de Quemeneur.

Después de la misteriosa desaparición de Quemeneur, su maletín de viaje ha sido encontrado el 20 de junio en la sala de espera de la estación del Havre.

El mozo que hace el servicio de guardia en esta sala de espera dice que recuerda haber visto cómo entró en la sala un individuo el cual llevaba en la mano dos maletines. Dejó uno sobre un banco y salió al momento con el otro.

Este empleado ferroviario, al enfrentarle con Seznec, afirma que éste no es el individuo que él vió. Y da unas señas precisas del otro.

La turbación de un testigo.

¿Puede fijarse exactamente el día que desapareció Quemeneur?

La acusación fija una fecha: el día que Quemeneur tuvo la entrevista con Seznec.

Pero hay un testigo que dice: Seis días después de esa fecha, he visto en el tranvía que hace el servicio Louvre-Saint-Cloud, a mi paisano Quemeneur. Este testigo está empleado en esa línea de revisor, y es de Plousivo, el pueblo de Quemeneur. Asegura que habló con Quemeneur. Está seguro de su recuerdo. Y está más seguro de la fecha, puesto que aquel día era el primero que él hacía servicio después de un permiso que la Compañía le había concedido.

Compás de espera.

La conclusión es evidente: los jueces que han condenado a Seznec, ante la inquietud de la opinión pública, reaccionan, vuelven a estudiar el proceso y dudan.

Ahora, ante las declaraciones de Mr. Hervé, el proceso va a revisarse. Veremos si de esta revisión renace esplendente la inocencia del infortunado industrial condenado perpetuamente a trabajos forzados...



Seznec, camino del Palacio de Justicia, el día que comenzó a discutirse su proceso.

LA MUERTA CRUCIFICADA

Marc Caffin cultivador en Miranmont, acababa de terminar su comida. Con esos gestos lentos y precisos de los aldeanos, acababa de cortar un pedazo de pan. Miró el reloj, que desgranaba sus horas en un rincón de la cocina, después de haber servido a varias generaciones.

—Flonie—dijo a su hija—. ¿Cuándo piensas ir a por las vacas?

—Voy en seguida. Antes de las tres, la "roussote" y la blanca estarán aquí.

La madre interrumpió su faena, y mirando a su hija con un poco de inquietud, la preguntó:

—¿No has encontrado a nadie en el alto de los Hagelles?

—No; el hombre que me había seguido el otro día, me ha dejado tranquila.

Después la joven partió en busca de las bestias a un campo que estaba a algunos kilómetros de la granja.

Pasaron dos horas y la joven no regresaba. El cultivador comenzó a inquietarse. Las palabras de su mujer le golpeaban en la cabeza:

—¿No encuentras que la muchacha tarda mucho?

—Sí. A ver si se ha encontrado con algún malhechor. Si salieran a su encuentro...

Con paso nervioso el granjero se fué.

Cuando llegó cerca del lugar donde pastaban sus bestias, vió una masa oscura, inacostumbrada, a un lado del camino. Acosado por un funesto presentimiento avanzó corriendo. Flonie se encontraba colgada; estrangulada por un pañuelo y los brazos atados en cruz, arañados, desgarrados.

Los gendarmes y la segunda brigada móvil de Lille llegaron poco después. Las investigaciones demostraron que el drama no había ocurrido en donde el cuerpo de la joven fué encontrado. Se descubrieron en un campo cercano detalles de lucha. Un peine, un sujetador y un pedazo de cuerda, a la que había adheridos algunos cabellos negros.

¿Suicidio o crimen? No había duda.

Por suposiciones vinieron a caer sobre un antiguo obrero agrícola de la granja de Caffi. Se tenían algunas indicaciones. ¿No había pretendido que la joven le mirase favorablemente?

Los gendarmes llamaron a ese antiguo obrero, León Verdet, para que diera algunas explicaciones. Después llevaron más lejos el interrogatorio y le pidieron una explicación del lugar en donde había empleado su tiempo el día de autos.

—Encontró usted a Flonie Caffin el día en que su padre la encontró ahorcada?

—No. No la vi ese día.

Después el hombre, sin perder su calma, enumeró sus ocupaciones del sábado o sea del día del crimen.

Muchas de las cosas que dijo se verificaron y eran exactas.

Peró este examen debería de ser fatal a Verdet.

El médico encargado de la autopsia del cadáver

encontró algunas cosas extrañas que comunicó a M. Barbein, juez encargado de aclarar el misterio. La muerte, dijo éste, es debida a un fenómeno de inhibición. Es decir, a un movimiento brusco del corazón, debido a una emoción violenta.

Los pulmones no presentaban ninguna señal de asfixia y las heridas que presentaba el cuello de la misma eran superficiales y no interesaban los músculos de la garganta, aunque los huesos, a los dieciocho años, son de una gran fragilidad.

El médico afirmaba, además, que no solamente la joven no había sido violentada, sino que no había sido tratada brutalmente.

Las manos de la joven estaban particularmente cuidadas y demostraban la intervención de la manicura. Se habían examinado sus uñas y no se pudo encontrar nada que demostrara una lucha.

La conclusión del médico puede formularse en esta forma:

Nada de lucha; nada de violencia; muerte por inhibición y colgada después de muerta.

Esto venía a hacer más oscuro el misterio que rodeaba la muerte de la joven Flonie.

Los gendarmes de la brigada prosiguieron su busca a fin de averiguar si alguien había visto salir al hombre de su casa entre las 14.30 y las 15.30. lapso de tiempo durante el cual, según todas las probabilidades, fué cometido el crimen.

Nadie había visto nada.

Los gendarmes continuaron su encuesta y vinieron a dar con un nuevo dato.

Un labrador, M. Caron-Arty, les dijo:

—¿Verdet? Le vi el día del crimen, me acuerdo perfectamente; pasó cerca de mí y venía siguiendo a la pequeña Flonie Caffin, con la que me acababa de cruzar tres o cuatro minutos antes.

—¿Su recuerdo es exacto?—preguntaron los gendarmes.

—Sí, son exactos. Además me pareció que deseaba esconderse.

No restaba más que prender a Verdet.

A la vista de los uniformes de los gendarmes, el obrero agrícola se acercó a ellos, preguntándoles que deseaban. Estos le atacaron bruscamente diciendo:

—¿Por qué nos has mentado?

—Yo no he mentado.

—Sí. Nos dijiste que el día del drama no habías visto a Flonie Caffin y te habías encontrado con ella.

—Yo no estuve con ella.

—En todo caso, la seguiste paso a paso.

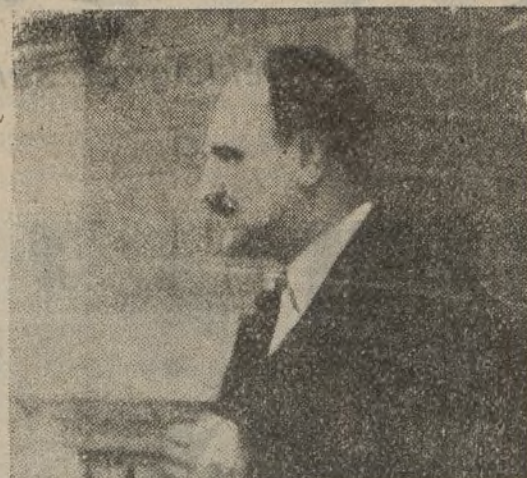
—Eso no es verdad.

El hombre, después de ésto, fué careado con el labrador. León Verdet, ante las rotundas acusaciones que se le hacían, se quedó lívido. Se llevó las manos a los ojos y dijo:

—Sí, la vi. Pero no la he matado.

En sus declaraciones pretendía conocer íntimamente

Mr. Fermet, médico forense que practicó la autopsia al cadáver.



te a Flonie, después de cierto tiempo en que la siguió cuando pasaba para sus campos.

—Yo deseaba—explicó llorando—romper con Flonie; pero ella no lo deseaba y me decía que haría consentir a su padre en nuestro matrimonio. Si teníamos un niño, nuestro matrimonio se verificaría en seguida.

Como mi idea era romper con ella le dije que jamás la vería. En este momento Flonie vió un trozo de cuerda que asomaba de mi bolsillo y me la arrebató.

—Puesto que deseas romper, a mí no me queda más que morir.

Segidamente Verdet dice que sostuvo una lucha salvaje para evitar el drama.

—Cuando comprendí que estaba de nuevo tranquila, partí; pero bien pronto me di cuenta de que no me seguía. Volví sobre mis pasos y la encontré colgada. Me precipité para prestarle socorro; pero no pude deshacer el nudo que la apretaba el cuello.

No tenía cuchillo para cortar la cuerda. Tuve miedo y huí como un loco. Ya lo sabéis todo.

Esta fué la primera versión de Verdet, con la que él vió que podía salvarse. Desgraciadamente para él sus declaraciones estaban en completa contradicción con las conclusiones médico legales. La víctima había sido colgada después de muerta.

Cerca de esta cuestión el obrero hizo otra declaración que pareció más verídica:

—En efecto, seguí a Flonie hasta que llegó al campo. Súbitamente me volví loco y deseé poseerla y me lancé a tomarla. Gritó de miedo y se desvaneció. No volvía en sí y comprendí que había muerto. Alocado tomé mi pañuelo y lo pasé alrededor de su cuello. Luego la pasé una cuerda con el fin de hacer creer que se había colgado ella misma. Pero yo no la he matado.

Este drama misterioso debía de tener aún otra explicación:

Verdet la dió después y es a la que los gendarmes se sujetaron.

—Seguí a Flonie, y cuando ella llegó al campo, nos encontramos en el sendero. La pedí que fuera mía y me dijo que no. Ensayé de forzarla y para causarle miedo, le pasé una cuerda por el cuello y la derribé a tierra.

Ella se debatió terriblemente. Pero yo no apreté. De pronto sentí que no se movía y comprendí que estaba muerta y la colgué para hacer creer en el suicidio.

El criminal sádico fué llevado a la prisión.

Cuando subió al coche que había de conducirlo, el público le apedreó, hiriendo a un gendarme, mientras que León Verdet temblaba de miedo.

Retrato de la víctima Flonie Caffin y de su asesino Verdet.



Los gendarmes descubren señales de lucha en este campo...

LOS SUKOS

fuera de España

UN DRAMA AMOROSO EN NEVADA

Una muchacha de servicio que abusando de sus señores les deja sin una joya



Cornelio Vanderbilt, hijo del multimillonario del mismo apellido, ha intentado matar al gran caricaturista americano Peter Arno porque—según afirma Vanderbilt—Peter miraba con demasiada insistencia a su joven esposa. La suerte que ha tenido Peter Arno es que la pistola de Vanderbilt estaba descargada. A pesar de que esta aventura se ha solucionado satisfactoriamente, el escándalo en

¿Muerta por los bandidos?



La joven Starr Fai hull, cuyo cadáver ha sido encontrado estrangulado en los alrededores de Nueva York. La policía está despiada, aunque supone sean los bandidos los autores del crimen.

Reno ha sido enorme. Reno es la capital del Estado de Nevada. Allí van los americanos que desean divorciarse rápidamente. Por cierto que el caricaturista Peter Arno se encontraba en Reno tramitando su divorcio con Luisa Long, su mujer. A la derecha: Cornelio Vanderbilt y su mujer. A la izquierda: Peter Arno.



Alicia Le Dumat, estaba tan bien considerada, que sus señores decían a sus amistades: "—Por fin, con Alicia, hemos encontrado a la muchacha ideal". Hasta que un día les dejó sin joyas. Ha sido detenida en París.

Una «foto»
gráfica in-
discreta.

Así cumplen los policías americanos la ley seca.

Este, encargado de vaciar unos barriles de cerveza, no puede resistir la tentación y aplica la boca al líquido que se vierte. Lo malo es que siempre hay un fotógrafo indiscreto.



Leed
**LA EXPULSION DE
LOS JESUITAS**

Prólogo de Eduardo Barriobero

Libro de actualidad - Gran éxito

En él se estudia el hecho histórico sacando las consecuencias que convienen tener presentes en el momento actual.

Comprad todas las semanas

LA NOVELA NOCTURNA

Publica originales de Alberto Insua, Joaquín Belda, Emilio Carrere, Antonio de Hoyos, José Bruno, Luciano de Taxonera, Artemio Precioso, Luis León, Eduardo Zamacois, etc., etc.

PRECIO: CINCUENTA CÉNTIMOS

Esta semana publica una interesante narración del ilustre autor de VIRGENES MODERNAS, Luis León, titulada:

“Una mujer veleidosa”

Ayuntamiento de Madrid

AVENTURAS DE HERLOCK HOLMES

Un crimen extraño

